

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 21.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO
CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 31.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

Madrid y Provincias

(SEGUNDA EPOCA.)

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Lunes 16 de Noviembre.

El Eco de Cartagena.

Si todos los hombres fueran honrados, instruidos y virtuosos; si todos, además, amoldasen sus actos al precepto sublime del Evangelio, de que hablabamos antes de ayer y que constituye la esencia de la moral cristiana; si no hiciésemos á los hombres sino lo que deseamos que ellos hagan con nosotros, si todos, en una palabra fuésemos como debemos ser y no obrásemos jamás en desacuerdo con las reglas claras, sencillas y hermosas de la moral evangélica, sin duda que el mundo ofrecería un espectáculo admirable, que la humanidad viviría en el seno del orden moral mas completo y bajo la égida bienhechora de la mas amplia libertad.

Pero como el hombre es defectuoso por ley de su propia naturaleza, y tiene que serlo necesariamente, fatalmente, eternamente, porque si no lo fuera llegaría un instante en que alcanzara la perfeccion absoluta y se convirtiera, por lo mismo en dios, de ahí que el soñar con la posesion de ese perfeccionamiento absoluto, no solamente es una quimera panteísta y absurda, sino que es tambien una blasfemia, porque entraña la negacion de la divinidad y la esperanza en la deificacion del hombre. La ley de este es, á no dudar, el progreso, la marcha continua y ascendente á la perfeccion; pero la condicion misma de su ser finito y limitado, le enseña con toda claridad que lo ilimitado é infinito se encuentra fuera de él, y que no le es dado conseguirlo, sino conocerlo por medio de la razon, que es como el anillo misterioso que le pone en contacto con la divinidad.

He aquí uno de los medios por los cuales la divinidad se descubre y revela con toda evidencia al entendimiento humano; y como el hombre llega á percibirla y á conocer su inferioridad respecto de ella. Y

he aquí tambien cómo la inteligencia humana concibe la idea de la eternidad, en cuyo seno ha de vivir su espíritu por siglos de siglos sin limite ni medida, y como reconoce y cree en la existencia de una perfeccion absoluta, que es el ideal sublime, el ideal divino hacia el cual endereza sus pasos y sus esfuerzos.

El hombre, pues, es perfectible, pero no absolutamente perfectible; y esta verdad, ya axiomática en las ciencias morales, sociales y politicas, ofrece por si sola el único punto cierto de partida para el desarrollo de la actividad multiforme del hombre y de las sociedades.—Si esto es así, como lo es, el progreso consistirá en caminar hácia esa perfeccion absoluta, hacia esa perfeccion ideal, que al hombre no es dado conseguir en la tierra: luego lo que es mas perfecto en el lenguaje humano; y como el ideal no se realizará nunca, ese evidente que lo mas perfecto será lo menos defectuoso.

Ahora bien: como por ley natural el hombre está obligado á realizar el bien en esta vida fugaz y transitoria, ó de otro modo á conseguir el mayor grado de perfeccion posible en todas las expresiones de su ser, en todas las manifestaciones de su voluntad libre, haciendo aplicacion de esta doctrina á la vida politica y social, puede afirmarse sin miedo á caer en error, que las instituciones y las leyes que mejor cumplan ese fin, segun las enseñanzas de la ciencia, esto es, segun la razon y la observacion, que constituyen los dos elementos necesarios de toda ciencia, esas instituciones y estas leyes serán las que deba aceptar, respetar y defender cada pueblo, por interés personal, si es lícito decirlo así, y mas todavia por obligacion moral.

No tenemos pretensiones de originalidad; pero confesamos que nunca hemos visto tratada la cuestion relativa á la forma de gobierno en este orden de ideas y de consideraciones; y que si ello seria por si solo un estímulo bastante fuerte para entrar en ese terreno, por la novedad que se daría al debate, no

lo hacemos, sin embargo, movidos por semejante impulso, sino pura y simplemente por separarnos de las veredas trilladas, y sobre todo de candentes disputas de la política palpitante.

Existió el deber moral y perdurable de descubrir y realizar el bien en todas sus expresiones y formas; y este deber, que se deriva de la ley natural, es mas vivo, mas intenso, más ineludible en los pueblos que tienen conciencia de su dignidad, y que aspiran á vivir en el seno de ese bienestar inesplicable, de esos goces puros, íntimos é indecibles que producen el respeto de si propio y la tranquilidad de la conciencia.—«No conozco necesidad más apremiante para hombres libres deca el mas ilustre orador de Grecia (1), que la de evitar su deshonor.» Y en otra ocasion añadia (2): «Como en un edificio ó en un buque las partes inferiores deben ser mas sólidas, así la justicia y la verdad deben ser el fundamento de la política. No no puede fundarse ningún poder duradero sobre la iniquidad, el perjurio y la mentira: estos indignos medios se sostendrán por acaso una vez, un momento y hasta prometerán el porvenir mas floreciente, pero el tiempo los detiene en sus furtivos progresos, y al fin se desploman y aplastan por si mismo.»

Verdad tan elemental y tan generalizada, que no ha habido en toda extension de los tiempos, filósofos ni innovador que la haya contradicho ó que no la haya proclamado. Pero no basta confesarla; lo que importa es que los medios para cumplirla sean los más propios, segun los consejos de la razon y las enseñanzas de la experiencia; porque si previamente no se define bien el sentido de las palabras y se pone muy en claro la rectitud de los propósitos, entonces ha de resultar necesariamente la anarquía en el lenguaje y el caos en la vida, caos y anarquía que son de todo punto incompati-

bles con la idea suprema y fundamental del bien.

Hoy mismo, por ejemplo, los radicales, los republicanos, los monárquicos liberales, los mismos carlistas, todos hablan de la felicidad de la patria, todos la invocan y todos dicen que aspiran á realizarla. Esto es evidente; pero no lo es menos que alguno de ellos, ó todos menos uno, porque la verdad es una, no es divisible, deben estar en error, puesto que la patria dista mucho actualmente de poseer la felicidad á que tiene legítimo é incontestable derecho.

¿En qué, pues, consiste esto? Pues á nuestro juicio, la esplicacion de ese hecho, más aún que en la tendencia general y en la funesta costumbre de nuestra raza, de colocar el amor propio y el interés de partido sobre toda idea de patriotismo, de desinterés y abnegacion, consiste en que las ideas fundamentales no están bien definidas, no tienen una acepcion comun, ni están por todos en el mismo sentido comprendidas. Aquí, para un absolutista no hay más que esa especie de panteísmo del Estado, personalizado por el monarca, para un republicano, no hay otra esperanza, ni otra salvacion, ni otra posibilidad que la república; y lo propio decimos en cuanto á los demás partidos. Y todos ellos hablan de orden, y de libertad, y de gobierno, y de sentimientos conservadores, y del bien del país; y cada cual define á su modo esas ideas; y todos se irritan y pelean á la menor contradiccion que sufren; y el país es quien paga en último término ese fanatismo, ese enamoramiento de la opinion propia, esa especie de fé que tiene cada uno en su personal infalibilidad, esa falta general y enorme, comun á todos, de no tener un punto de partida fijo, claro, determinado y concreto, de no definir con precision y propiedad las ideas.

De aquí esas visibles, esas patentes, esas innegables contradicciones en que todos incurren; y como el progreso intelectual, como la cultura intelectual de nuestro pueblo se encuentra desgraciadamente á muy

(1) Demóstenes.—Primera filípica.

(2) El mismo.—Segunda filípica.